



# París debe ser así

Magali Velasco  
Para Maya y Charlie

**No veo a nadie** en la calle a pesar de que siempre se escuchan voces. Voces de personas que discuten, conversan; voces que habitan televisores, departamentos. Retiro la cortina de algodón azul. La vía fulgura, es la lluvia la culpable de dejarlo todo en un silencio húmedo. Soy una de tantas de mi especie que habita con seres humanos. Observo. Ahí viene la señora con su perro. El mismo abrigo de peluche negro; una falda de lana (rombos rojos, azules y amarillos), la media del pie izquierdo se le sale de la zapatilla. La suela arrastra grumos de lodo, los tacones están torcidos porque esa mujer no aprendió a caminar con zapatos altos. Un perro gris con blanco husmea su camino, retrocede buscando a su dueña y al pasar frente a mi casa, como es costumbre, se encorva bajando la cola, apura su paso;

esto no le impide voltear. Lo saludo porque me inspira piedad. No he logrado comunicarle que es inútil su preocupación: ella no lo va a abandonar ni yo puedo hacerle mal, porque hace un año que su ama partió. No me extraña que el animal no quiera convencerse de la naturaleza de la mujer que lo alimenta, que lo busca a las afueras del cementerio Père Lachaise todos los días a las cinco de la tarde para llevarlo a pasear, sin correa —que está prohibido en París— y sin sombrilla —siendo que siempre llueve.

Una ventana se ha abierto frente a la mía. Veo a un hombre desnudo de la cintura hacia abajo, se mira en un espejo de cuerpo completo y llora. De pronto sus pupilas tropiezan con las mías. Me alejo de la ventana, la cortina se cierra en automático. Él no vio lo que yo siempre veo. Es la muerte la tercera figura en reflejarse. La conozco tan bien.

Regreso al ventanal. Contemplo resignada. Volví a ver al hombre de frente, de nuevo llora pero esta vez delante del televisor. Aún no se da cuenta de que ella siempre lo acompaña, sobre todo cuando duerme. La muerte se sienta en su cama, le peina las cejas, le acaricia las mejillas y luego lo deja soñar despidiéndose con un beso en la frente.

Tuve una visión: mañana se sabrá que la mujer que vive al lado ha perdido la cordura. Lo sabrán porque comenzará a tirar desde el tercer piso todos los muebles de su departamento; después, ella misma se despeñará pero no va a morir, se fracturará un brazo y un pie. En el hospital pasará unos días hasta que el marido, que la abandonó hace un mes, la regrese a su casa y le compre nuevos muebles. Pero él no se va a quedar.

Ya sucedió: la mujer del tercer piso aventó todo lo que le permitieron sus fuerzas: un microondas, un televisor, una maleta llena de fotografías, un florero azul, ropa, unos esquís y un gato. Todo se rompió, también se rompieron los parabrisas de los automóviles abajo estacionados y la tranquilidad; todo, menos el gato que cayó en cuatro patas, se sacudió el polvo, rengueaba pero enseguida se recuperó. Cuando estaba bajo mi ventana me miró. No pude decirle nada ni preguntarle cómo se sentía. Lo vi alejarse, al fin libre. Parecía que flotaba, se deslizaba sagazmente esquivando a las personas, desaparecía bajo un auto, resurgía cuando nadie lo podía interceptar. ¡Qué talento de gato!

Son cuatro las paredes y grande la soledad. París es colosal porque hay gente que en absoluto vuelvo a ver caminando por mis calles. Debe ser magna y nostálgica. Arcaica, mítica y fantasmal. Del cementerio bajan miles de personas de todas las épocas para encontrarse con otras que se desprenden de los edificios. Nunca se

saludan entre ellos, tan sólo deambulan, espantan a los niños, impregnan de flatulencias las calles, roban el buen ánimo. Y es que la suma de historias de todos los muertos da como resultado una espesa idea. París debe ser así: una espesa idea.

Hoy hubo una fiesta, un matrimonio húngaro. A las nueve de la mañana, los invitados y los novios (ella de blanco, esperando su primer hijo, vaca rosa de Chagall; él despeinado y obtuso, figura de Kandinsky), hicieron un círculo a la mitad de la calle. El escaso tráfico les permitió bailar dos rondas. El tío de la novia tocaba el acordeón, una abuela aplaudía y todos cantaban. Giraban moviendo los vientos, brincaban para sacudir lo eterno. Bebieron y comieron unos bocadillos. Media hora después, los devotos del ritual salieron en varios vehículos rumbo al templo. La escena se fragmentó con su partida. Augurios y bendiciones brotaron de labios y de algunas almas. Risotadas. Qué día extraordinario. Me regocijo de presenciar un ritual humano.

El señor de enfrente, el gemebundo, simplemente desapareció. Me imagino en dónde está. No es conveniente dejar el portón abierto ni confiar en aquellos que suenan nuestro timbre. En seguida entra la Muerte. El perro blanco y gris sabía de esto el día que toqué a su puerta y la señora, con su falda a rombos, me invitó a pasar. Bebimos té y después salimos a dar un paseo por Gambeta. Rodeamos el panteón de Père Lachaise y ahí la dejé con su perro y su abrigo de peluche. Lo que aconteció después de mi partida no me compromete. Decidí quedarme en la casa de la muerta —la del abrigo de peluche— porque fue la única que me permitió entrar y además tiene dos ventanas: una que da a la rue Boyer y otra hacia la rue L. Savart.

El paseo del perro inicia en el cementerio y finaliza en el portón de su morada. Me observa desde abajo, una desazón le roe la espina dorsal, la cola de alambre se retuerce buscando el piso, sus ojos se humedecen, voltea a verme y yo lo saludo y sonrío. Cuando se repone, busca a su dueña. Ya no está. Y así cada día, de la cinco de la tarde a las cinco y cuarto, el perro vuelve a los jardines que rodean el Père Lachaise para echarse debajo de una banca y esperar la jornada siguiente: su dueña lo llamará, le dará un pedazo de pan, le frotará el lomo y le recordará cuánto lo extraña.